

hoy escribe

Pablo Sorozabal (\*)

zelatan

Dicción y verdad

Confieso que todavía pervive en mí una vieja tentación de traducir el título de la gran obra autobiográfica de Goethe *Dichtung und Wahrheit* (habitual y correctamente traducido al castellano por «Poesía y verdad»), fijándolo como sigue: «Dicción y verdad».

Admito, por supuesto, que *Dichtung* significa *poesía*, pero si tenemos en cuenta que dicho significado apunta a un sentido más general y extensivo del término, a diferencia de aquél que, como *Gedicht*, más restringido y concreto, señala el producto de la acción de poetizar (poema, poesía, versos) y, por otra parte, consideramos que *Dichtung* viene, etimológicamente, del latín *dicere*, que a su vez procede de *dicere* = *decir*, lo que más arriba he llamado mi vieja tentación se siente hasta cierto punto justificada, al menos como propuesta de traducción interpretativa cuyo objeto no sería otro que el de una mayor precisión respecto a lo que el título de una obra «quiere decir» de ésta.

Pues, si bien se mira, ¿acaso no se da la paradoja, en el título goetheano, de que la conjunción copulativa 'y' funciona de hecho como adversativa (al contrario de lo que sucede en otro título famoso, *Crimen y castigo*)? Es, en efecto, como si Goethe hubiese querido formular una adversatividad semejante a la que sería «agua y fuego». Y si esto fuera así, como a mí se me antoja que lo es, tendríamos entonces una contraposición entre lo que «es verdad» y lo que «es dicho», entre «logos» y «realidad». El mero hecho de *decir* algo sería no necesariamente una mentira, eso no, pero sí, en cambio, un necesario apartamiento de la verdad, de lo real (nótese, por cierto, que en castellano el término *dicción* ve delimitado su uso a la esfera de lo asertivo para señalar una «manera de hablar» desde el punto de vista prosódico y fonético, mientras que en la esfera de lo negativo o adversativo es donde recobra su significado pristino, el sustantivo del verbo *decir*, «lo que se dice», por ejemplo: *contradicción*).

Hace pocos días se ha perpetrado en el ámbito territorial de ese miserable corral de bastardos intereses plutocráticos que aún se emperifolla con el mote de «España», uno de los más abominables, crueles, execrables e infames crímenes de Estado en la interminable y pavorosa lista de crímenes perpetrados por el Esetado español a lo largo de su más que tenebrosa historia: el jornalero andaluz José Manuel Sevillano, preso político y luchador antifascista, ha muerto al cabo de casi ciento ochenta días de huelga de hambre en reivin-

dación del humano y elemental derecho a que los presos puedan cumplir sus penas sin que a éstas se añada la sevicia de la dispersión y el aislamiento.

No es mi intención dar aquí una respuesta dialéctica a este asesinato legal, pues no es de índole dialéctica la respuesta que tamaña salvajada se merece y, por otro lado, ya se han producido respuestas, por ejemplo en Iruñea y en Gipuzkoa, que, dicho sea de paso, honran al pueblo vasco en su espíritu de solidaridad internacionalista. Mi interés se circunscribe a la «dicción y verdad» que en medios oficiales y paraoficiales ha provocado la tragedia de ese hombre íntegro y bravo, coherente con sus ideas e ideales y generoso en su solidaridad de compañero, que es (me niego a decir *fué*) José Manuel Sevillano. Así, por ejemplo, el 26 de mayo de 1990, al día siguiente del fallecimiento de José Manuel, el diario *El País* publicaba, bajo el epígrafe *Una muerte evitable*, un farisaico editorial en el que, el trémulo dictado del miedo a las consecuencias que puedan derivarse de esta y otras muertes similares y previsibles, se obsequia al lector con una humeante escudilla de la más rancia olla podrida, en la que, menos argumentos propios del raciocinio humano, se encuentra de todo, desde simples improperios contra la que el editorialista juzga «determinación fanática» del «grupo terrorista» al que pertenecía José Manuel, hasta veladas, equívocas, ambiguas y polisémicas advertencias admonitorias dirigidas a sus verdugos. Se trata, decididamente, de un texto modélico para el estudio y análisis del discurso oficial. Aquí no es ya cuestión de los «desagües», esto es, de las cloacas estatales, sino de las heces de los pisos altos, de las plantas nobles del edificio. El irremisible divorcio entre dicción y verdad deviene clamor de abismo, algarabía de vacío. Ante tan perfecto crimen, ante infamia tan pura, la *dicción* oficial, junto a la paraoficial de los intelectuales áulicos, se torna mero chirrido de engranaje al descubierta, súbitamente vaciado de la invisible grasa que, en la viscosa sombra de su espesura, lo ocultaba y lubricaba, permitiéndole funcionar disimuladamente. Ante, insisto, crimen tan perfecto como el cometido contra la persona de José Manuel Sevillano (en comparación con el cual el más sofisticado producto surgido del calder de todos aquellos que han consagrado su vida a excogitar literarias o cinematográficas tramas policíacas no pone en evidencia sino la peupérrima capacidad imaginativa de sus ex-

cogitadores), la *dicción* emitida por los aparatos del poder establecido no es ya que se presente como adversativa de la verdad, sino que opta por refugiarse lisa y llanamente en el balbuceo ininteligible o la desfachatez del cinismo.

No es ninguna casualidad que en el antes mencionado editorial se tache a José Manuel Sevillano de ser un «terrorista que se ha caracterizado por sus execrables crímenes desestabilizadores», y que en páginas interiores de ese mismo número del diario leamos una información procedente de Varsovia, según la cual el actual jefe del gobierno polaco, Tadeusz Mazowiecki, califica de «un peligro para la democracia polaca» la huelga que llevan a cabo los ferroviarios de esa nación, cuarenta de los cuales, por cierto, en huelga de hambre... Y es que «la democracia» (es decir, el capitalismo en fase histórica en la que juzga poder sacar beneficios más seguros mediante la dictadura parlamentaria y universal sufragista que mediante la dictadura militar y unipartidista), se siente necesariamente amenazada, «desestabilizada» por la verdad. La «democracia» (el capitalismo) prefiere la dicción a la verdad. La verdad del hambre, la hambrienta libertad verdadera de aquellos que no se tragan las ruedas de molino de la *dicción* capitalista y que (¡oh, terrorífico terror!) no sólo lo dicen sino que además *actúan*, son una verdad, una libertad y un hambre que, como no podía ser de otro modo, a la «democracia» le resultan insoportablemente desestabilizadores y peligrosos. Los explotadores, los sojuzgadores imperialistas, se emplean a fondo, utilizando sus casi omnipotentes medios chantajeadores, propagandísticos y represivos, para lograr que la masa humana siga siendo la bestezuela amaestrada, estupidificada y degenerada que a sus amos, patronos y sacerdotes les conviene que sea. Más he aquí que, pese a sus innegables éxitos históricos, continúan surgiendo ferroviarios polacos, braceros andaluces o gudarís vascos que prefieren la verdad a la dicción. ¡Qué terrorista desestabilizadores son! Ciertamente el Monstruo tiene razón, al menos en esto, en sentirse y saberse amenazado por la verdad. ¡Fue Lenin—el cada minuto que pasa más grande e imprescindible Lenin— quien dijo que la verdad es siempre revolucionaria! Podía también haberlo dicho el «Che», o Fidel, o cualquiera de nuestros gudarís, o José Manuel Sevillano.

(\*) Músico. Escritor

Cueste lo que cueste

«Cueste lo que cueste» se ha de conseguir, que vuelva el Rey de España/a la Corte de Madrid»...

Aralarren eta Amezkoetan bizia utzerakoan hitz horietek kantatzen zituzten gure arbasoek; askotan zer esanoten ote zuten ere ulertzen ez zutelarik. «Erregek emon dau/ erregerberbia» osatzen zuten euskaraz, eta kitto.

Zer ikusi behar zuen, ordea, gure herri-arazoak; eta Madrileria, gosta-ala gostarik, Carlos María Isidro eramateak? Ezer ez, bistan da. Baina urteak eta urteak, eta oinazetan oratutako belaualdi osoak, pasa dira horretaz herri zoritxarreko hau jabe-tzeko.

Txapeldunak baikara euskaldunok (erremalak «harki»en eta traidoreen eskuetan utzi dituzten herri guztiak bezala) gure nazio-arazoa (gure nazio-arazoa, bai) desbideratzen.

Gure herriaren ardatza, muina, odola eta gako bakarra (bakarra, bai) euskara da. Euskarak egiten baikaitu herri.

Areago herri gisa desagertzeko kinka ezin larriago honetan, euskara da helburu nagusia, edozeren gainetik ezarri beharrekoa. Gu baino hamaikama aldiz indartsuago izanagatik, flandretarrek, beren nazio-izankuntza defenditzerakoan, bat egiten dute beti; beste edozein desberdintasunen gainetik.

Guk sekula ez.

Guk beti dugu lehenasuna merezi den beste zerbitu: Carlos María Isidro, Eliza saildua, Baionako Paktoa, marxismo-leninismoa, antimarxismoa, COPEL, «bloke demokratikoa», klase-borontea, edo Mahomet. Beti «ttaka»: nazio-arazoari degokiona, atzera.

Eta gure alienazio eta saldukeria guztien bilduma kiratsa heterik ez den PNVA, zipaio-jokabide horien eredu bihurtu zaigu egun hauetan: «ikastola bai, baina»... «euskal egunkaria bai, baina»... «Nor dago atzean?»

Nor dago, ordea, Arzallus eta «Pacto»aren atzean?

Ixo!! Badantzut: «Cueste lo que cueste»...

TXILLARDEGI

hemeroteca

Európa

(Rosa Montero, «El País», 2-6-90)

Hace unos días, los ministros de trabajo de la CE firmaron un bonito y sentido texto en contra del racismo, excluyendo del mismo, eso sí, a los inmigrantes del exterior. Lo cual viene a ser como proclamar la abolición de la pena capital excepto para aquellos a quienes se condene a muerte, pongo por caso. Se me humedecieron los ojitos (ojos de mujer blanca, europea y posindustrial) al percatarme de que, gracias a la sensibilidad de nuestros ministros, ya no volveremos a mirar con inquina racista a los lechosos europeos. Inmenso avance del humanitarismo. Los otros, los oscurillos, los tornasolados, los tostados como pan recién hecho o dorados como campos de trigo; los asiáticos, norteafricanos o negros

retintos, todos éstos, en fin, que se jeringuen por la gloria de Europa. Y que se les meta en un autobús, como a los marroquíes expulsados de Barcelona, y se les envíe como reses de primera clase hacia el infierno. Ahora tenemos pobres blancos y propios, los de Europa del Este, y no queremos saber más de otras miserias.

Políticos y jerarcas de diverso pelaje, muy emocionados todos ellos con la causa europea, parecen empeñados en convertir la CE en una especie de foraleza señorial con la puerta clausurada para la plebe. Y así, mientras se llenan la boca con rimbombantes declaraciones de principios, estos constructores de una Europa imperial levantan defensas, cavan fosos y colocan las catapultas en las torres. Se diría que pretenden que la CE sea una especie de Arca de Noé (llena de bestias) en mitad de un diluvio de humanos desdichados y ham-

brientos. Y por encima de la borda, o de las almenas del castillo, les arrojaremos ora unos cuantos envíos comerciales de DDT, tabaco y otros venenos, ora unos cuantos pucheros de aceite hirviendo para que no se acerquen demasiado. El sueño de Europa se está convirtiendo a toda velocidad en pesadilla.

Legislar a golpe de sentencia

(«El Mundo», 2-6-90)

Por otra parte, el Tribunal Supremo reconoce el derecho de los empresarios a descontar parte del

suelo a los empleados que fueron a votar en el referéndum de la OTAN, Arbitre el Estado medidas para retribuir a las empresas, si considera que debe incentivar el voto, o bien opte por celebrar todas las consultas electorales en domingo—como ocurre en el resto de Europa—.

